

PEPITO. ¿Quién pregunta?
 CRIADO. Una señora.
 ERNESTO. Es extraño.
 PEPITO. ¿Pide? (En voz baja al Criado.)
 CRIADO. (Lo mismo á Pepito.) Llora.
 PEPITO. ¿Es joven? (En voz alta.)
 CRIADO. Pues en rigor
 yo no lo puedo decir:
 la antes la es muy oscura,
 y la señora procura
 de tal manera cubrir
 la cara, que el percibirla
 ya es empresa y ya es trabajo,
 y habla tan bajo, tan bajo,
 que no hay manera de oirla.
 ERNESTO. ¿Quién será?
 PEPITO. Quien quiere verte.
 ERNESTO. No adivino...
 PEPITO. (Ap.) (Está perplejo.)
 Oye, á tus anchas te dejo:
 un abrazo y buena suerte.
 (Dándole un abrazo y tomando el sombrero.)
 ¿Qué esperas, bobalicon? (Al Criado.)
 CRIADO. Que mande el señor que pase.
 PEPITO. En asuntos de esta clase
 se adivina la intencion.
 Y despues, hasta el momento
 en que salga la tapada,
 no habras la puerta por nada,
 aunque se hunda el firmamento.
 CRIADO. ¿Conque la digo que sí?
 ERNESTO. Bueno. Adios.
 (Á Pepito que está ya en la puerta.)
 PEPITO. Adios, Ernesto.
 (Salen él y el Criado por el fondo.)
 ERNESTO. ¿Una dama?... ¿Qué pretesto?...
 ¿Ó qué razon?...
 (Pausa. En este momento se presenta en la
 puerta del fondo y en ella se detiene, cubrién-
 dose con un velo, Teodora.)
 Ya está aquí.

ESCENA VII.

TEODORA, ERNESTO. Ella en el fondo, sin atreverse
 á avanzar: él en primer término volviéndose hácia ella.

ERNESTO. Usted hablarme deseó:
 si usted se digna, señora...
 (Invitándola á que pase.)
 TEODORA. Perdon, Ernesto. (Levantando el velo.)
 ERNESTO. ¡Teodora!
 TEODORA. Hago mal, ¿no es cierto?
 ERNESTO. (Cortado y balbuciente.) Yo...
 no lo sé... porque yo ignoro...
 honra tal á qué debí...
 ¿Pero qué digo? ¡ay de mí!...
 ¿si en mi casa su decoro
 ha de hallar respeto tal...
 que ya más no pueda ser! (Con exaltacion.)
 ¿por qué, señora, temer,
 que en ello pueda haber mal?
 TEODORA. Por nada... y un tiempo ha sido,
 ¡que para siempre ha pasado!
 en que, ni hubiera dudado,
 ni hubiera, Ernesto, temido;
 en que cruzara un salon
 cualquiera, de usted cogida,
 sin la frente enrojecida,
 sin miedo en el corazon.
 En que al partirse de aquí...
 como dicen que mañana,
 á la tierra americana,
 parte usted... yo misma... sí...
 como aquellos que se van...
 acaso no han de volver...
 como es tan triste perder...
 un amigo... ante Julian...
 ante el mundo... conmovida...
 pero sin otro cuidado...
 yo misma... le hubiera dado...

- ¡los brazos por despedida!
 ERNESTO. (Hace un movimiento, luego se detiene.)
 ¡Ah, Teodora!...
- TEODORA. Pero ahora...
 presumo que no es lo mismo.
 Hay entre ambos un abismo.
- ERNESTO. Tiene usted razon, señora.
 Ya no podemos querernos,
 ni siquiera como hermanos:
 ya se manchan nuestras manos,
 si se aproximan al vernos.
 Lo que ha sido ya se fué:
 es necesario vencerse:
 es preciso aborrecerse.
- TEODORA. (Con ingenuidad y angustia.)
 ¡Aborrecernos! ¿por qué?
- ERNESTO. ¡Yo aborrecerla! ¿tal dije?
 ¿á usted, pobre niña?
- TEODORA. Si.
- ERNESTO. No haga usted caso de mí:
 y si la ocasion lo exige,
 y mi vida há menester,
 mi vida, Teodora, pida,
 que dar por usted la vida
 será... (Con pasion.)
 (Transicion: conteniéndose y cambiando de
 tono.)
 cumplir un deber.
 (Pequeña pausa.)
 ¡Aborrecer! si mis labios
 dijeron palabra tal,
 fué que pensaba en el mal,
 que pensaba en los agravios,
 que sin querer hice yo
 á quien tanto bien me hacía.
 Usted, Teodora, debía
 aborrecerme: yo... no.
- TEODORA. (Con tristeza.) Mucho me han hecho llorar:
 razon tiene usted en esto;
 (Con mucha durezza.)
 pero á usted... á usted, Ernesto,

- yo no le puedo acusar.
 Ni pensando sin pasion
 hay nadie que le condene:
 porque usted ¿qué culpa tiene
 de tanta murmuracion?
 ¿ni del ponzoñoso afan
 que muestra ese mundo impío,
 ni del carácter sombrío
 de nuestro pobre Julian?
 de su enojo, que es dolor:
 de su acento, que me hiere:
 ¿de la pena con que muere,
 porque duda de mi amor!
- ERNESTO. ¡Eso es lo que no concibo,
 y en él, aun ménos que en otro:
 lo que me pone en un potro:
 lo que juro por Dios vivo,
 que no es digno de merced,
 ni hay pretexto que lo escude:
 que exista un hombre que dude
 de una mujer como usted!
 (Con profunda ira.)
- TEODORA. ¡Bien paga su duda fiera
 mi Julian!
- ERNESTO. (Espantado de haber acusado á D. Julian de-
 lante de Teodora.)
 ¡Qué dije yo!
 ¿Yo acusarle?... ¡No!... Dudó,
 (Apresurándose para disculpar á D. Julian y para
 borrar el efecto de lo que dijo.)
 como dudára cualquiera:
 como duda quien adora:
 si no hay cariño sin celos:
 ¡hasta del Dios de los cielos
 hay quienes dudan, Teodora!
 Es terrenal egoismo:
 es que el dueño de un tesoro,
 guarda su oro porque es oro,
 teme por él. Yo mismo,
 si por arte sobrehumano
 consiguiera hacerla mía,

¡dudaría!... ¡dudaría!...
¡hasta de mi propio hermano!
(Con creciente exultación: de repente se detiene al observar que otra vez, y por distinto lado, va á caer en el mismo abismo de que ántes huyó. Teodora en este mismo instante oye voces hácia la puerta del fondo y se dirige á ella.)

(Ap.) (¿Á dónde vas, corazón?
¿qué hay en tu seno profundo?
¡dices que calumnias el mundo,
y tú le das la razón!)

TEODORA. Escuche usted... gente viene...

ERNESTO. Las dos apenas...

(Acercándose al fondo.) ¿Serán?...

TEODORA. (Con cierto terror.)
¡Esa es la voz de Julian!...
¡Entrará!

ERNESTO. No... se detiene...

TEODORA. (Lo mismo, como preguntando á Ernesto.)
Si es Julian...

(Hace un movimiento para dirigirse á la puerta de la derecha: Ernesto la detiene respetuosa pero enérgicamente.)

ERNESTO. Si es él, aquí:
nuestra lealtad nos escuda.
Si es... esa gente que duda,
entonces, Teodora, allí.
(Señalando la puerta de la derecha.)
Nada... nada... (Escuchando.)

TEODORA. ¡El corazón
me salta!

ERNESTO. No hay que dudar,
marchóse quien quiso entrar,
ó todo fué una ilusión.
(Viniendo al primer término.)
Por Dios, Teodora...

TEODORA. (Lo mismo.) Tenía
que hablar con usted, Ernesto,
y el tiempo pasa tan presto...

ERNESTO. ¡Vuela el tiempo!

TEODORA. Y bien, decía...

ERNESTO. Teodora... perdon le pido;
pero... acaso no es prudente...
si llegase gente... y gente
debe llegar...

TEODORA. He venido
precisamente por eso...
para evitarlo.

ERNESTO. ¿De modo?...

TEODORA. De modo que lo sé todo,
y que me horroriza el peso
de esa sangre que por mi
quieren ustedes verter:
la siento en mi frente arder,
¡la siento agolparse aquí!
(Oprimiéndose el pecho.)

ERNESTO. ¡Porque afrentada se esconde!
afrentada y encendida,
hasta que arranque la vida
yo por mi mano al Vizconde.
¿Lodo quiso? ¡tendrá lodo
de sangre!

TEODORA. (Con espanto.) ¿Su muerte?

ERNESTO. Sí.

(Reprimiendo un movimiento de súplica de Teodora.)

Usted dispone de mí,
conmigo lo puede todo:
todo, con una excepción:
¡la de lograr que yo sienta,
recordando aquella afrenta,
por Nebreda compasión!

TEODORA. (Con acento lloroso y suplicante.)
¿Y por mí?

ERNESTO. ¿Por usted?

TEODORA. Sí;
¡será el escándalo horrible!

ERNESTO. Es posible.

TEODORA. ¿Que es posible?
¡y lo dice usted así!

¡sin procurar evitarlo,

- ERNESTO. cuando yo misma intercedo!
Evitarlo yo no puedo;
pero puedo castigarlo.
Esto pienso, y esto digo,
y esto corre de mi cuenta:
otros buscaron la afrenta,
pues yo buscaré el castigo.
- TEODORA. (Acercándose á él, y en voz baja, como temiendo oírse á sí misma.)
¿Y Julian?
- ERNESTO. ¿Julian? ¿y bien?...
- TEODORA. ¿Si lo sabel...?
- ERNESTO. Lo sabrá.
- TEODORA. ¿Y qué dirá?
- ERNESTO. ¿Qué dirá?
- TEODORA. ¿Qué en mi defensa... que quién...
pudo mostrar su valor...
sino mi esposo... que me ama?
- ERNESTO. ¿En defensa de una dama?
cualquiera que tenga honor.
Sin conocerla: sin ser
pariente, amigo, ni amante:
con escuchar es bastante
que insultan á una mujer.
¿Que por qué á ese duelo voy?
¿que por qué la defendí?
porque la calumnia oí
¡y porque yo soy quien soy!
¿Quién hay que defensas tase,
ni tal derecho repese?
no estaba yo? ¡pues quien fuese,
el primero que llegase!
- TEODORA. (Que le ha oído atentamente y como dominada por el acento enérgico de Ernesto, se acerca á él y le estrecha la mano con efusion.)
¡Eso es noble y es honrado
y es digno de usted, Ernesto!...
(Se detiene, se aleja de Ernesto, y dice tristemente lo que sigue.)
pero mi Julian con esto,
Ernesto, queda humillado.

- (Con profunda conviccion.)
ERNESTO. ¡Él humillado!
- TEODORA. Si á fé.
- ERNESTO. ¿Por qué razon?
- TEODORA. Sin razon.
- ERNESTO. ¿Quién lo dirá?
- TEODORA. La opinion
de todos.
- ERNESTO. ¿Pero, por qué?
- TEODORA. Cuando llegue hasta la gente
que un insulto he recibido,
y que mi esposo no ha sido
quien ha dado al insolente
su castigo... y ademas
(Bajando la voz y la cabeza, y huyendo la mirada de Ernesto.)
que usted su puesto ha tomado,
sobre el escándalo dado,
habrá otro escándalo más.
- ERNESTO. (Convencido, pero protestando.)
Si en lo que hayan de decir
hay que pensar para todo,
vive Dios que ya no hay modo
ni manera de vivir.
- TEODORA. Pero es como digo yo.
- ERNESTO. Es así; pero es horrible.
- TEODORA. ¡Pues ceda usted!
- ERNESTO. Imposible.
- TEODORA. ¡Yo se lo suplico!
- ERNESTO. No.
- Y bien mirado, Teodora,
más vale que ante Nebreda,
suceda lo que suceda,
que lo que ha de ser se ignora,
acuda yo; porque al fin,
á ese Vizconde malvado,
lo que le falta de honrado,
le sobra de espadachín.
- TEODORA. (Algo herida de la especie de proteccion, un tanto humillante, que Ernesto dispensa á Don Julian.)

- Corazon tiene tambien
mi esposo.
- ERNESTO. ¡Suerte fatal!...
Ó yo me explico muy mal,
ó usted no me entiende bien.
Yo conozco su valor,
pero entre hombres de coraje,
cuando hay un sangriento ultraje
á la fama ó al honor,
no se puede adivinar
lo que puede suceder:
ni quién llegará á caer,
ni quién logrará matar.
Y si ese hombre, en conclusion,
vence en el lance funesto,
entre don Julian y Ernesto
no es dudosa la eleccion.
(Con sinceridad, pero con tristeza.)
- TEODORA. (Con verdadera angustia.)
¿Usted?... ¡Eso no!... ¡Tampoco!...
- ERNESTO. ¿Por qué? si es esa mi suerte...
Nadie pierde con mi muerte
y yo mismo pierdo poco.
- TEODORA. (Casi sin poder contener el llanto.)
¡No diga usted eso por Dios!...
- ERNESTO. ¿Pues qué dejo yo en el mundo?
¿qué amistad, qué amor profundo?
¿qué mujer seguirá en pos
de mi cadaver, llorando
con llanto de enamorada?...
- TEODORA. (Sin poder contener las lágrimas.)
 Toda la noche pasada...
por usted estuve rezando...
y dice usted que ninguno...
¡Yo no quiero que usted muera!
(Con explosion.)
- ERNESTO. ¡Ah!... ¡se reza por cualquiera!
¡sólo se llora por uno! (Con pasion.)
- TEODORA. ¡Ernesto!... (Con extrañeza.)
- ERNESTO. (Asustado de sus propias frases.)
¿Qué?

- TEODORA. (Separándose de él.) Nada...
- ERNESTO. (Con timidez: bajando la cabeza y huyendo tambien de Teodora)
Sí...
si ya le dije hace rato,
que yo soy un insensato...
no haga usted caso de mí.
(Pausa: quedan silenciosos, pensativos: lejos uno de otro y sin osar mirarse.)
- TEODORA. ¡Otra vez! (Señalando hácia el fondo.)
- ERNESTO. (Siguiendo el movimiento de Teodora.)
¡Gente ha venido!...
- TEODORA. (Acercándose al fondo y prestando oído.)
Y quieren entrar...
- ERNESTO. (Lo mismo.) No hay duda.
¡Allí, Teodora!... (Señalándole el cuarto.)
- TEODORA. ¡Me escuda
mi honor!
Si no es su marido.
- TEODORA. ¡No es Julian!
- ERNESTO. No.
(Llevándola á la derecha.)
- TEODORA. Yo esperaba...
(Deteniéndose junto á la puerta y suplicante.)
Renuncie usted á ese duelo.
- ERNESTO. Si he llegado ¡vive el cielo!
á su rostro...
- TEODORA. ¡Lo ignoraba!...
(Con desesperacion: pero comprendiendo que todo arreglo es imposible.)
¡Pues huya usted!
- ERNESTO. ¡Que huya yo!
- TEODORA. ¡Por mí! ¡por él! ¡por Dios vivo!
- ERNESTO. Odiarme... sí... ¡lo concibo!
¡Pero despreciarme!... ¡no!
(Con desesperacion.)
- TEODORA. Una palabra no más.
¿Vienen por usted?
- ERNESTO. No es hora.
- TEODORA. ¿Lo jura usted?
- ERNESTO. Sí, Teodora.

¿Me aborrece usted?
 TEODORA. ¡Jamás!
 PEPITO. (Desde fuera.) Nada... ¡verle necesito!...
 ERNESTO. ¡Pronto!
 TEODORA. Sí. (Entra por la derecha.)
 PEPITO. ¿Quién se me opone?
 ERNESTO. ¡Ah! la calumnia se impone
 y hace verdad el delito.

ESCENA VIII.

ERNESTO, PEPITO. Éste por el fondo, sin sombrero y profundamente agitado.

PEPITO. ¡Vete al infierno!... ¡entraré!
 ¡Ernesto!... ¡Ernesto!...
 ERNESTO. ¿Qué pasa?
 PEPITO. Yo no sé cómo decirlo...
 y es necesario...
 ERNESTO. Pues habla.
 PEPITO. ¡La cabeza me da vueltas!
 ¡Jesús! ¡Jesús! ¡quién pensara!
 ERNESTO. Pronto y claro, ¿qué sucede?
 PEPITO. ¿Qué sucede? ¡una desgracia!
 Supo don Julian el duelo: (May rápido.)
 vino á buscarte, no estabas;
 se fué á ver á tus padrinos,
 y todos juntos á casa
 del Vizconde.
 ERNESTO. ¿De Nebreda?
 PEPITO. ¿Pero cómo?
 ¡Vaya en gracia!
 como quiso don Julian
 que era tromba que arrastraba
 voluntades, conveniencias...
 todo, todo...
 ERNESTO. ¡Sigue, acaba!
 PEPITO. (Separándose de Ernesto y acercándose al fondo.)
 Ya suben...
 ERNESTO. ¿Quiénes?

PEPITO. Pues ellos...
 Le traen en brazos... (Asomándose.)
 ERNESTO. ¡Me espanta
 lo que dices!... ¡Sigue!... ¡pronto!...
 (Cogiéndole con violencia y trayéndole al primer término.)
 PEPITO. Le obligó á batirse: nada,
 no hubo medio: y el Vizconde
 dijo, «pues los dos.» y á casa:
 á la tuya... Don Julian
 sube: tu fámulo atranca
 la puerta y jura que tú
 con una señora estabas
 y que no entra nadie, nadie.
 ERNESTO. ¿Y entónces?
 PEPITO. Don Julian baja
 diciendo: «mejor, á mí
 por entero la jornada.»
 Y él, Nebreda, los padrinos,
 mi padre, y yo que llegaba,
 arriba todos... ya sabes...
 ERNESTO. ¿Y se han batido?
 PEPITO. ¡Con rabia!
 ¡con furor! como dos hombres
 que van buscando con ansia
 un corazón que aborrecen
 tras la punta de una espada.
 ERNESTO. ¿Y don Julian?... ¡No!... ¡mentira!
 PEPITO. Ya están aquí.
 ERNESTO. ¡Calla! ¡calla!
 ¡dí quién es!... ¡y dílo bajo!
 PEPITO. Por acá.
 (Se presentan en el fondo D. Julian, D. Severo
 y Rueda. Traen á D. Julian mal herido entre
 los otros dos. El órden de izquierda á derecha
 es: Severo, Julian, Rueda.)
 ERNESTO. ¡Jesús me valga!

ESCENA IX.

ERNESTO, D. JULIAN, D. SEVERO, PEPITO,
RUEDA.

ERNESTO ¡Don Julian!... ¡mi bienhechor!
mi amigo!... ¡mi padre!
(Precipitándose á su encuentro llorando.)

JULIAN. (Con voz débil.) Ernesto...

ERNESTO. ¡Maldito yo!

SEVERO. Vamos presto.

ERNESTO. ¡Padre!

SEVERO. Le vence el dolor!

ERNESTO. ¡Por mí!

JULIAN. No es cierto...

ERNESTO. ¡Por mí!...

¡perdon!
(Cogiéndole la mano á D. Julian por el lado de
la derecha, y arrodillándose ó inclinándose.)

JULIAN. No lo has menester.
Cumpliste con tu deber:
yo con mi deber cumplí.

SEVERO. ¡Un lecho!
(Suelta á Julian: le sustituye Pepito.)

PEPITO. (Señalando la puerta de la derecha.)
¡Vamos á entrar!

ERNESTO. ¡Nebreda!... (Con acento terrible.)

SEVERO. No más locura,
¿es que quieres por ventura
acabarlo de matar?

ERNESTO. ¡Locura!... ¡Veremos!... ¡Oh! (Frenética.)
Vengan dos... es mi derecho!
(Precipitándose hácia el fondo.)

SEVERO. (Dirigiéndose á la derecha.)
Á tu alcoba y en tu lecho...
(Ernesto, que ya estaba en el fondo, se detiene
espantado.)

ERNESTO. ¿Á dónde?

SEVERO. Á dentro.

PEPITO. ¡Sí!

ERNESTO. ¡No!

(Se precipita y cubre la puerta con su cuerpo.
El grupo que conduce á D. Julian casi desfa-
llecido, se detiene mostrando asombro.)

SEVERO. ¿Tú le niegas?...

PEPITO. ¡Estás loco!

SEVERO. ¡Aparta!... ¡No ves?... ¡se muere!

JULIAN. ¡Pero qué dice!... ¡no quiere!...
(Incorporándose y mirando con mezcla de asom-
bro y espanto á Ernesto.)

RUEDA. ¡No comprendo!

PEPITO. ¡Yo tampoco!

ERNESTO. ¡Está muriendo!... ¡y me implora!...
¡y duda!... ¡¡padre!!

SEVERO. ¡Ha de ser!
(Por encima del hombro de Ernesto empuja la
puerta: Teodora se presenta.)

ERNESTO. ¡Jesús!

SEVERO. } ¡Ella!

PEPITO. }

RUEDA. ¡Una mujer!

TEODORA. (Precipitándose sobre él y abrazándole.)
¡Mi Julian!

JULIAN. (Separándola para mirarla y por un violento
esfuerzo poniéndose en pie y desprendiéndose
de todos.)
¿Quién es? ¡¡Teodora!!
(Cae sin sentido en tierra.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.